

tarias cariadas. Sin que a nadie —hasta ahora al menos— se le haya ocurrido «sanar» a los excepcionales —y, por ello, irritantes— poseedores de una dentadura inmaculada torneándoles exactamente dos cavidades «promedio» y otra más pequeña... (Tal vez enervados de nuestro noble afán igualitario por el temor de un nuevo Molière: *Clysterium donare, postea seignare, ensuite cariare...*) Incluso comprobamos que alguna vez «normalizar» implicaba alejarse del «*homme-moyen*». Como cuando se volvía palúdico a un paralítico general, agregando una infección a un infectado. O cuando se palia una Tetralogía de Fallot practicando la operación de Blalock-Taussig; es decir, cuando se normaliza una malformación añadiéndole otra: un «ductus» artificial.

Insatisfechos, como Diógenes de Sinope partimos en busca del modelo definido del hombre.

Pero sufrimos un «embarras du choix». ¡Se han propuesto tantos! ¡Y tan contrapuestos! Dando razón a Scheler: «En la historia de diez mil años somos la primera época en que el hombre se ha convertido para sí mismo radical y universalmente en un ser problemático; el hombre ya no sabe lo que es y se da cuenta de que no lo sabe». En lo que coincide Heidegger: «En ninguna época el hombre se ha hecho tan problemático como en la nuestra».

Los «científicos» nos definían como «mono desnudo», «piteco macroencefálico», «primate hipermnésico»... (Lo que nos incomodaba un poco, como a la esposa del obispo de Worcester, que, al publicarse la teoría de Darwin, exclamó: «¡Descendemos del mono! Esperemos que no sea cierto; pero, si lo fuera, ¡recemos para que no se entere todo el mundo!»...)

Hasta que advertimos que, ante todo, debíamos tomar una decisión: ¿Aserrábamos o no la rama que nos sustenta allá arriba, en aquel «árbol de Porfidio» que habíamos memorizado «*far away and long ago*»?

¿Existe, además de unidad genérica, una diferencia específica entre el hombre y el animal? Es el hombre una persona, una «*substantia individualis rationalis natura*», como lo definió el talentoso e infortunado Boecio, o tiene razón Skinner cuando afirma: «Debajo de la piel de cada uno de nosotros existe una pequeña parte del universo. No hay razón alguna para que goce de unas características físicas especiales por el hecho de encontrarse dentro de esas fronteras, y finalmente podrá lograrse una explicación completa del mismo a partir de la anatomía y la fisiología».

¿Provenimos de una evolución azarosa; de un «juego totalmente ciego»; de una «gigantesca lotería»; de que nuestro «número salió en el casino de Montecarlo»? (Monod). ¿O somos «imagen y semejanza de Dios», quien, por otra parte, «no juega a los dados»? (Einstein).

Laín, en diacronía con Aristóteles y Tomás de Aquino, y en sincronía con Ortega y Merleau-Ponty, pero, sobre todo, con Zubiri, también nos ha iluminado este campo de incertidumbre o de poco claras intuiciones. Conduciéndonos, obra tras obra, en sucesiva aproximación, culminada en su monumental *Antropología Médica*, a la concepción filosófica del hombre que se nos muestra más sujeta a razón, más rigurosa y verdadera, y que se concilia ajustadamente con la teoría y práctica médicas, en especial con las últimas investigaciones y adelantos en fisiología y farmacología del encéfalo (Eccles).

Según ella, el hombre es persona, una substantividad, un sistema clausurado y cícli-

co de notas constitucionales propias y específicas, entre las que destacan su inteligencia sentiente, su voluntad tendente y su sentimentalidad afectante.

Al hablarnos de «inteligencia sentiente», adunando en una facultad lo que algunos separan, nos reforzó aquello de «*Omnis cognitio a sensu*» o lo de «*Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*», casi obvios para nosotros, clínicos. Así como lo de «*In principio intellectus est sicut tabula rasa in qua nihil scriptum*», casi evidente para los clínicos de niños.

Y al señalarnos que la inteligencia humana es capaz de abstraer la «quidditas», la esencia de las cosas materiales, así como de conocer por analogía los seres inmateriales o espirituales, nos destacó su diferencia categorial con la inteligencia animal. Al indicarnos también su capacidad de conocer por reflexión, por «reditio completa», sus actos y su propia existencia; y aún su propia esencia, por «subtilis et diligens inquisitio», por medio de algo así como una segunda reflexión, realzó ante nosotros el valor de la introspección nuestra y del paciente, expresada de modo testifical o interpretativo.

Cuando expresa «voluntad tendente», nos realza que el «*appetitus rationalis*» está intencionalmente tendido hacia el «*bonum*» concebido por la inteligencia. Que «*nihil volitum nisi praecognitum*». De donde los clínicos concluimos que para obtener una voluntad eficiente de sanación es imprescindible el esclarecimiento del paciente sobre los modos y medios de alcanzarla.

Y nos apunta que es voluntad libre, no sólo puntualmente, como «*libertas arbitrii*», o «*facultas electionis*», sino, sobre todo, «libertad entitativa», como «*Seinsfreiheit*» (Ranher). Que toda persona es capaz de una libre opción fundamental de auto-realización, de una decisión total y radical, que se realiza a través de los actos singulares de libre albedrío, sin identificarse con ninguno de ellos, ni aún con su adición acumulativa.

Esta afirmación de que la voluntad es libre, que no está unívocamente predeterminada, choca con la opinión de algunos clínicos que niegan la libertad individual. Aparte de su eventual adhesión a ideologías deterministas, suele pesar sobre sus ánimos la percepción de la casi ineluctable abulia del addisoniano, la en apariencia incoercible irritabilidad del hipertiroideo, la pulsión suicida del melancólico, el frenesí del maníaco, la obsesividad del psicasténico, los efectos de los medicamentos psicotrópicos sobre la conducta, etc.

Les contesta que la libertad existe, pero que dista de ser absoluta; que es limitada. Discrepando con Sartre, reconoce que la coartan condicionamientos de diversa índole pero de concurrente efecto. Condicionamientos corporales («*Nature*» de Galton), ecológicos («*Peristasis*» de Fischer), o culturales («*Nurture*») que no la anulan totalmente.

(Cuando «Picardía» relata a Martín Fierro su habilidad para ganar al truco no pone en duda que juega limitado: por las reglas del juego; por el valor de sus cartas, para las dos suertes; por los recursos y tácticas del adversario; por los tantos que restan por disputar, etc. Mas no duda de que juega libremente su partido. No ignora que disfruta de mayor libertad —en el sentido de mayor número de opciones— cuando el azar le concedió una «mano» de cartas invencibles, cualesquiera fuere la secuencia con que las juegue o los envites que se propongan, ni desconoce que su libertad se encoge cuando sus cartas son poco valiosas. Pero también sabe que aún en el caso de que su valor fuese

mínimo, será libre para optar entre una truculenta baladronada o la resignada y quieta decisión de «irse al mazo...» Y hasta que será libre para «ayudar a la suerte...» Pues, «bordoneando su vigüela», se florea en una milonga pampeana: «En el truco, al más plantao / solía ponerlo en apuro. / Cuando aventajar procuro / sé tener, como fajadas / cada tiro el as de espadas, / o flor, o envite seguro...»)

Los condicionamientos que obran sobre todos nosotros y aún más en nuestros pacientes, «son legión». Merced a ellos, los conductistas watsonianos y reflexólogos operantes skinnerianos pueden establecer estadísticamente que una determinada decisión es más probable —y, a veces, que es probabilísima— pero nunca podrán superar la barrera de la imprevisibilidad. Porque en los dos extremos de la curva gaussiana de distribución de las probabilidades —a muchos desvíos estándar de la media— siempre existe la elevadísima improbabilidad de que un hombre decida «lo que nadie». Esto ha ocurrido, ocurre y ocurrirá para pasmo de estadígrafos, de técnicos y de expertos: la decisión «inesperada», «imprevisible», «ilógica», «absurda», «arcaica», que «rompe todos los esquemas...» En un extremo, la del criminal protervo; en el otro, la del héroe, o del mártir, o del santo.

La persona es radicalmente libre y hace uso de la libertad hasta cuando abyectamente intenta abdicar de su ejercicio. Ninguna «Eimamené», ninguna «Moirá», ningún «Fatum», interno o externo, embreta fatal y necesariamente su vivir. Cojos, gibosos, miembros de la antigua Hélade fueron, por igual, Thersites y Tirteo. De Thersites dijo Homero que era molesto, lenguaraz, bellaco y «el más cobarde de los hijos de Atreo». En cambio, Tyrteo, que cultivó la poesía —en su doble sentido, de canto y de gesta— fue un inspirador de las más nobles virtudes lacedemónicas; muchas veces fueron sus «embateia» las que incitaron a la carga e impelieron a la victoria a las falanges espartanas.

Laín nos recuerda que todo hombre es a la vez «autor», «actor» y «agente» de la propia vida. (Oso añadir que, por reflexión, es también «espectador» —entre bambalinas— de ella.) Y desempeñando todos estos roles es él: «Personaje de un drama inventado por Dios, verdadero y Supremo Autor: el drama de la creación» (Laín). Kierkegaard coincide: «Lo que importa es entender a qué estoy destinado, ver qué quiere Dios propiamente que haga, hallar una verdad para mí, encontrar la idea por la cual yo pueda vivir o morir».

De donde surge que ayudar a que el paciente descubra y realice el sentido de su existencia, a que viva su verdad, a que sea impulsado por esa idea-fuerza, vectora de todo su «élan» vital, de modo raigal, es el más importante objetivo de un clínico que se precie de serlo. Esta posición es desde luego inconciliable con la de quienes pretenden, con Sartre, que el hombre es un ser absurdo y superfluo, «qui est de trop» en la Natura. Un ser predestinado a la infelicidad y, sobre todo, a la total muerte; a esta última basca de la vertiginosa «náusea» de estar suspendido sobre la nada. Que es un Prometeo encadenado a la libertad sin sentido, especie de Sísifo carcomido en sus entrañas por una letal «néantisation», condenado al fracaso de su pasión inútil de reptar hasta la cima óntica de ser Dios.

No faltará algún internista acibarado por la vivencia del fracaso —existencial en el paciente, técnico en el médico— que piense que Laín incurre en un excluyente «ad sidera visus» y que nos pronostique un seguro traspié, causado por la fragosa realidad,